



Sefora.

Estilo de Hincapié



SÉFORA.

La mujer dotada de bellas prendas
adquirirá gloria.....

(Prov. cap. XI. v. 16.)

SEGUN todas las probabilidades, desde las fértiles llanuras de la Armenia, en donde las diversas tradiciones colocan la cuna de las sociedades, los primeros hombres se esparramaron á lo largo de los grandes rios y de las costas del Mediterráneo hasta el Océano indio y al pié de la Himalaya, y hasta el centro del Africa por el istmo de Suez, llevando consigo en su emigracion los gérmenes de las ciencias y de las artes, y fijándose desde luego en un suelo rico y abundante por naturaleza, se hallaron en las mas felices disposiciones para llegar fácilmente á un grado de civilizacion, á que solo á duras penas podian alcanzar las colonias arrojadas á tierras lejanas é ingratas. El patrimonio de los primitivos conocimientos fué cultivado y fué creciendo bajo las influencias del clima y segun su adelanto político y social, que determinaron las diversas aptitudes y la fuerza intelectual de los pueblos. Los unos, entregándose á la caza para

vivir, se hicieron guerreros; los otros, recibiendo su alimento de la leche y de la carne de sus ganados, fueron llevados por la holganza á la observacion de la naturaleza y al ejercicio sosegado de la reflexion. Estos, sacando de la tierra sus alimentos, estudiaron el curso de las estaciones, abrieron canales para mejorar el terreno, emprisionaron los rios en poderosos diques: aquellos, haciendo flotar sobre los mares su industrioso pabellon, sirvieron de lazo y de intérprete comun á todas las familias dispersas desde un extremo al otro del Asia. Así pues, sin dejar de conservar su carácter propio las naciones del Oriente, y sobre todo la Persia, la India y el Egipto, estuvieron unidas por estrechas y frecuentes relaciones que tenian por objeto la religion, las ciencias, el comercio y el gobierno; así tambien la sabiduria de Menfis se ilustró con todos los rayos que le venian de las orillas del Eufrates y del Ganges.

Aun cuando no quiera de buen grado convenirse en los elogios prodigados en todo tiempo al antiguo Egipto, fuerza seria reconocer que esta nacion ocupa un encumbrado lugar en la historia del ingenio humano. A buen seguro que los generosos principios que respiran las costumbres y las leyes modernas no presidieron á la organizacion politica del reino de los francos, pero la parte siniestra de aquella organizacion era el resultado del espíritu universal de los antiguos pueblos, y la parte de grandeza se convertia bajo la direccion de los sabios en un manantial enérgico y fecundo de gloria y de prosperidad nacional. Castas fuertemente constituidas impedian la igualdad de producirse; y la libertad individual quedaba como ahogada bajo la presion terrible de su autoridad á que se llama el estado, cuya fuerza y prerogativas habian tan prodigiosamente exaltado las sociedades paganas. Pero el Egipto por lo menos, habia consumado hechos dignos de una memoria inmortal, algunos de sus reyes hacian temblar bajo sus plantas una parte del Oriente, y monumentos indestructibles son perennes testimonios de las conquistas que aquellos adquirieron sobre la natuarleza. Del Egipto tomaron las antiguas naciones de Europa los primeros elementos de su legislacion, y aquel país guarda en su sepulcro la reputacion del mas sabio de todos los imperios que duermen bajo las ruinas de lo pasado.

En medio de este desarrollo intelectual y entre las maravillas de esta civilization brillante, pasó Moisés todos los años de su juventud, siendo iniciado profundamente en los secretos de la ciencia egipcia. Viviendo en la corte, pudo estudiar el mecanismo de la administracion, y el hábil manejo de aquellos ocultos resortes que mueve la mano del poder para defenderse en lo interior y gobernar por de fuera, y para establecer y conservar la unidad y la grandeza de un pueblo. Posteriormente la ins-

piracion vino á depurar aquellos elementos de política puramente humana; darles el carácter de una certidumbre superior é imprimirles finalmente el sello de una sabiduria sobrenatural, colocando así á Moisés sobre todos los gefes de nacion, sobre todos los legisladores y sobre todos los filósofos que han guiado la marcha difícil de la humanidad al través de los siglos. No hay planta de hombre que haya dejado mas bondos vestigios sobre la tierra.

Entretanto Moisés presenciaba un espectáculo triste y desolador, que no tardó en ser para su noble y poderoso genio como una revelacion de sus destinos. Los hebreos, sus hermanos, gemian en la esclavitud. Dos cosas habian llamado sobre sí el ódio y la dureza de los egipcios: su número siempre en aumento, y la diferencia de su religion. Con el fin de reprimir esa raza que les causaba ya alguna inquietud, y de quitarles al mismo tiempo la idea y la posibilidad de una revuelta, derramaron el duelo y la opresion sobre su existencia: inmoláronse bárbaramente sus hijos al nacer, y toda ella fué sobrecargada de tributos insoportables, sujeta á privaciones crueles, y condenada al mas duro trabajo. Los hebreos se vieron empleados, como se empleaba entre los antiguos á los extranjeros, á los vecinos y á los cautivos, á construir con afan edificios gigantescos, en los cuales el natural del país tenia por gloria no haber puesto su mano: ellos edificaron, entre otros monumentos, las ciudades de Rameses y de Pithom, bajo el látigo y los insultos de sus opresores. La abyeccion de la servidumbre no dejaba de producir entre ellos su efecto; y aunque no disminuia su propagacion y aumento, enervaba su alma, apagando en ella bajo el peso de la miseria el instinto natural de la independencia; por manera que en la noche de aquel sombrío cautiverio, ni el menor vislumbre aparecia de emancipacion ni de libertad.

Cierto dia Moisés, saliendo del palacio de los Faraones, fué á visitar á sus hermanos, y pudo convencerse por sus propios ojos del exceso de sus sufrimientos y de los indignos tratamientos que se les daban. A su presencia un egipcio apaleó sin piedad á un hebreo. Indignado Moisés por accion tan infame, arrojóse como un leon sobre el vil representante de la tiranía, y habiéndose asegurado de que de nadie era visto, le mató, y ocultó el cadáver en la arena. El dia siguiente un nuevo espectáculo le llenó de amarga tristeza; los hombres de su raza no se entendian entre sí, agravando con sus intestinas divisiones la suerte ya tan dura á que les condenaba la tiranía de sus opresores. Dos hebreos se llenaban de injurias, llegando á las manos. Moisés se empeñó en reconciliarlos, haciéndoles presente cuán grave mal era su desunion delante del enemigo comun; é informado de parte de quien estaba la sinrazon, "¿por qué he-

res á tu hermano? le dijo."—“¿Qué te importa? respondió el agresor. ¿Quién te ha constituido príncipe y juez entre nosotros? ¿Quiéres acaso matarme, como hiciste ayer con aquel egipcio?” Esta dura respuesta inspiró algun recelo á Moisés, el cual no creía que el suceso de la víspera se hubiese hecho público, y conoció que en adelante no estaría su vida en seguridad. Y realmente informado el rey de la muerte violenta del egipcio, determinó vengarla en la persona del matador, y había ya dado el órden de buscarle para darle la muerte.

Huyó, pues, Moisés de la tierra de Egipto, y se retiró á la region de Madian, al oriente del Mar Rojo, y no lejos del monte Sinaí. Estaba sentado junto á un pozo descansando y tomando el fresco. Algunas muchachas llevaban allá sus rebaños para abrevarlos, cuando llegaron muchos pastores, y se propusieron echarlas de allí cobardemente. Sin temer el número de sus adversarios, y aunque extranjero, el fugitivo protejió generosamente á los jóvenes, é hizo beber á sus ganados. Al volver ellas á la casa de su padre, llamado Jethro, sacerdote del país, preguntóles cómo venian mas presto de lo acostumbrado. Y respondieron ellas: “Es porque un egipcio, despues de habernos defendido contra la injusticia de algunos pastores, nos ha ayudado en nuestro trabajo.” “¿En dónde está este hombre? repuso Jethro, movido por semejante fineza. ¿Por qué le habeis dejado partir? Llamadle, y que nos acompañe en nuestra comida.” Moisés recibió gozoso aquella hospitalidad; no tardó en captarse la benevolencia del sacerdote Madianita, que le dió por esposa á Séfóra, una de sus siete hijas. Dos hijos le nacieron de este enlace, al primero llamó Gersan, en memoria de su peregrinacion sobre una tierra extraña, y llamó al segundo Eliezer, para expresar que Dios le había protegido, librándole de la venganza de Faraon.

La fresca y risueña imaginacion de una muger trazó de esta *juventud de Moisés* un cuadro bello y animado, á que dió el nombre de *las Pastoras de Madian*. La célebre escritora abre la escena en el momento en que Moisés, despues de haber herido de muerte al egipcio, se vé en la precision de huir de Menfis, y refugiarse en el país de los Madianitas. Para dar mas interés al cuadro, considera al joven héroe extraviado en el desierto de Sinaí, pues nada tan propio como el desierto para comunicar en cierto modo su inmensidad en los vastos proyectos de una alma grande y entregada á sus propias meditaciones. Rendido del cansancio, se duerme al pié del monte, desde cuya cima había de ver despues la fulgurante majestad del Señor, y en cuyo lugar le hace tener muy á propósito un sueño profético. Prosigue su camino, y llega al país de Madian.

Descansa Moisés junto á un pozo, al cual Séfóra y sus seis hermanas,

hijas de Jethro, gran sacerdote del verdadero Dios, se acercan para abrevar sus rebaños. Esta escena vuelve á conducirnos naturalmente á las nobles y puras costumbres de los antiguos patriarcas. Séfóra recuerda aquí á Rebeca y á Raquel. Pone Moisés en vergonzosa fuga á los insolentes pastores que, conducidos por Ithamar, pretendian robar á aquellas jóvenes, y Jethro, lleno de gratitud, recibe en su casa á Moisés, y le suplica que refiera sus aventuras.

Nada mas natural y oportuno que poner aquí en boca de Moisés la historia actual de su pueblo, las crueldades de Faraon, la opresion de sus hermanos, el prodigio obrado en el rio, á donde fué echado él mismo despues de nacido, y su abandono y casi infalible muerte, á no haber intermediado la compasion de Thermutis, la hija del rey, la cual, prendada de sus gracias, le adoptó por hijo, y tomó el cuidado de su educacion en su propio palacio.

Descúbranse ya los destinos del futuro legislador. Moisés marcha con los israelitas á sacrificar en el desierto, y allí reconoce á sus verdaderos padres. Vuelve á Thermutis, y declara á la princesa su resolucion de vivir con ellos. Aquí la piadosa escritora, para dar mas interés al joven hebreo y á la poderosa influencia de su palabra, forma de la princesa una conquista para el verdadero Dios; circunstancia que no se halla en el testo sagrado, pero que puede suponerse sin contrariarlo. La princesa manifiesta su dolor en tener que separarse de Moisés; pero éste permanece inflexible en su resolucion. Empieza ya la envidia y la murmuracion de los hebreos contra su bienhechor, pasiones mezquinas de un pueblo degradado, que tanto dieron que sufrir á Moisés durante su penosa peregrinacion por el Desierto, al cual tiene que refugiarse por haber asesinado á un egipcio, para librar de su tiranía á un hijo de Israel.

Para realzar mas el carácter del héroe con la risueña pintura de los castos é inocentes amores de Moisés y de Séfóra, mezcla la poetisa un nuevo y doble triunfo de éste sobre un tumulto del pueblo Madianita amotinado contra él, y apaciguado con una arenga de Jethro. Y este mismo pueblo, que escitado por Ithamar, atentaba contra la vida del extranjero, le lleva despues en triunfo, por haber muerto á un leon. Ved ahí una doble victoria de Moisés sobre una fiera y sobre la fiereza, mas indómita y temible casi siempre, de una muchedumbre amotinada.

Con la descripcion de esta aventura forma contraste despues la fiesta religiosa de la garba sagrada, fiesta tomada de las costumbres agrícolas de aquellos pueblos que habían adelantado ya un grado mas sobre los pueblos puramente pastores. A esta risueña perspectiva se añade la llegada de Menfis del mensajero que trae el permiso de los padres de Moisés.

sés para enlazarse con Séfora, y además regalos á ésta de parte de la princesa. Ihamar, sin embargo, tenaz en su odio contra Moisés, consultó al adivino Balaam cómo perderle. Pero la última conjuración tramada contra el jóven hebreo, es tambien otro triunfo de éste, pues los conjurados caen sin aliento á sus piés, triunfo que prepara el bello instante de la felicidad de Moisés, enlazándose con la tierna y graciosa Madianita, á la que habia elejido su corazón; dichoso en escojer á la que le habia escojido á él por suyo. Tal es el sucinto plan de la *Juventud de Moisés*, de cuya preciosa production omitimos transcribir algunos fragmentos en gracia de la brevedad.

Por largo tiempo la vida de Moisés discurrió sencilla y apacible. Cuidaba de los ganados de su suegro, conduciéndolos hasta las orillas del Mar Rojo y á lo largo de los vallados de Horeb y del Sinaí. El Horeb y el Sinaí, dos cimas de la misma montaña, descollando sobre las otras montañas que cubrian la Arabia, como enormes tiendas levantadas por un ejército de gigantes; vastas llanuras de áridos arenales, que el viento del Sudoeste arroja delante de sí por masas formidables, como ondas de un océano sin orilla; entre estas montañas y aquellas llanuras lineas de verdor, tamarindos, espinosas acacias, y mas allá caminos escarpados y angostos desfiladeros; por sobre de un cielo de fuego, profundo y sin nubes; alrededor lejanos horizontes, caprichosos y severos, las imponentes escenas de la soledad, un silencio nunca interrumpido; en el seno de esta grandiosa naturaleza paseaba Moisés su ciencia egipcia y las meditaciones de su genio: allí tomaba colorido la imaginacion del escritor, y se formaba el varonil carácter del futuro libertador de los hebreos. Porque hasta cierto punto el alma humana toma el tinte de los lugares que habita, y hay en nuestras facultades mas independientes cierta parte impresionable, en la cual resuenan armónicamente todas las impresiones recibidas por los órganos, y en donde se deja vivamente sentir la influencia simpática del dia que nos alumbrá, del suelo que nos sostiene, de las diversas condiciones entre las cuales se desliza nuestra existencia. No es esto decir que Moisés encontrase en la sola contemplacion de la naturaleza y en sus solitarias meditaciones, todo el secreto de su mision y de su poder extraordinario; no, esto le vino de lo alto. Queremos significar tan solo que allí, en aquel desierto magnífico é inspirador halló aquellos elementos de feliz acierto que la Providencia en realidad no siempre exige de los hombres que para sus designios ha escojido, pues que para nada los necesita; pero de los cuales se digna servirse de ordinario, á fin de honrar en cierto modo el trabajo y el valor de sus criaturas inteligentes y libres, dejándoles que pesen algun tanto en la balanza de sus eternos

consejos. Acostumbra, por fin, abrirse al través de las cosas de la tierra sendas asaz imprevistas y sorprendentes, para que las almas sinceras y rectas no confundan el resplandor incomparable de sus obras con los tímidos destellos del genio del hombre.

Muchos años habian ya trascurrido que Moisés vivía en aquel oscuro aislamiento, donde las almas varoniles adquieren una concentrada energia, que las hace imperiosas y soberanas, dándoles seguridad de sí mismas, y de consiguiente un dominio irresistible sobre las demás. Cierta dia habia conducido los rebaños de su suegro hasta las faldas de Horeb. De repente una viva y suave llama salió de en medio de una zarza que permanecia ardiente é incombustible. Sorprendido de vision tan inesperada, "voy á ver, dijo, de mas cerca esta maravilla, y cómo no se consuma la zarza." Y al acercarse, salió de en medio de la llama una voz que llamaba á Moisés. "Aquí me tienes," respondió el, y se le dijo entonces: "No te acerques mas: quitate el calzado, porque la tierra que pisas es santa. Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob." Cubrióse Moisés el rostro, temblando de respeto y sobrecojido de un religioso terror no osaba levantar los ojos hácia el punto donde se dejaba percibir la voz de Jehová. "He visto la tribulacion de mi pueblo en Egipto, dijo la voz, yo he oído sus clamores á causa de la dureza de los que vigilan en sus trabajos. Y conociendo todo el fondo de su afliccion, he descendido para litertarle de las manos de los egipcios, y hacerle pasar de aquella tierra á otra region fértil y espaciosa, de la que mana leche y miel, al país de Canaan. . . . He visto cómo los hijos de Israel son oprimidos de los egipcios; ven, pues, tú: yo te enviaré á Faraon, á fin de que hagas salir del Egipto á mi pueblo, los hijos de Israel." Esta llama y estos acentos, misterioso y formal indicio de la vocacion de Moisés, ¿no son la imájen de la luz, regularmente repartida á cada uno de nosotros para guiarle en el camino de la vida, y el símbolo expresivo de esta voz fatídica que resuena en el fondo de la conciencia de los hombres superiores, los llama á las grandes empresas, y los precipita en la senda de su fatigoso porvenir?

Con todo, Moisés tiembla desde luego de aceptar sobre sí el cargo que se le acaba de imponer. Las dificultades se presentan a tropel á su pensamiento, y esclama: "¿Quién soy yo para ir á Faraon y sacar del Egipto á los hijos de Israel?"—"Yo estaré contigo, dice el poderoso interlocutor, y esta será la señal de tu mision; cuando habrás sacado á mi pueblo de Egipto, ofrecerás sobre este monte un sacrificio á Dios."—"Yo iré, pues, á encontrar á los hijos de Israel, respondió Moisés, y les diré: El Dios de vuestros padres me ha enviado á vosotros. Pero si me pre-

guntaren cuál es su nombre, ¿qué les diré?"—"Yo soy el que soy; contestó el Señor á Moisés, y les dirás, pues: EL QUE ES ME HA CAVIADO á vosotros. Este nombre tengo yo en mi eternidad, y con éste se hará memoria de mí en toda la série de las generaciones." Moisés dió á conocer sus temores de que sus hermanos los israelitas no le creerían sobre su palabra, y que no podría captarse su confianza. Cuando la voz le hubo confortado, mandando á la naturaleza y obrando delante de él prodigios manifiestos, insistió todavía, objetando en especial su pronunciación naturalmente lenta y embarazosa que le favorecía muy poco para mover y arrastrar la multitud. "¿Quién, pues, ha formado la boca del hombre? repuso Jehová, ¿quién ha formado al mudo y al sordo, al que es ciego y al que no lo es? ¿No soy yo? Anda, pues, que yo estaré sobre tus labios y te enseñaré lo que debes decir." Moisés tenía un hermano mayor, llamado Aaron, que se espesaba con sultura: y que le fué prometido como auxiliar. Desde entonces desapareció su timidez, cesaron sus dudas, y entró con firme resolución en la carrera que se abría delante de él.

Pero; cuántos obstáculos le quedaban que vencer aún! Los hombres aletargados en la servidumbre no gustan de grito alguno que les despierte de su letargo; y si á la voz de algun libertador generoso se levantan es para volver á echarse sobre sus soporíferas cadenas, es para volver á entregarse á los piés de la tiranía, en brazos de un sueño del cual les es penoso salir. Tales eran los hebreos, enervados por la esclavitud y embrutecidos por las groseras supersticiones del Egipto, cuyo escándalo permanente tenían siempre á la vista. Además, al lado de la muelle indolencia y tal vez preveniciones de sus hermanos, debía encontrar Moisés el poder y la hostilidad de sus señores: solo, sin recursos de ningún género, sin poder echar mano ni aun de las primeros elementos de acción que proporciona siempre un pueblo que tiene una patria, una organización, una vida propias, ¿qué podía él contra todo un imperio apoyado en la fuerza, en el vigor de sus instituciones y en todos los medios materiales de un buen éxito?

Luego despues de la vision de Horeb, fuese Moisés á encontrar á su suegro, y sin confiarle su secreto, manifestó únicamente el deseo de visitar á los hebreos en su lastimosa servidumbre. Consintió Jethro en esta demanda, y Moisés tomando á Sefora su muger, y á sus hijos, les hizo subir y se dirigió hácia el Egipto. Pero á poco trecho, debió Sefora regresar á Madian, ya sea porque la débil muger no se sintiera con fuerzas bastantes para emprender tan largo viaje al través de la soledad con sus dos hijos, ya sea porque Moisés creyó deber sacrificar las muelles dulzu-

ras y los embarazos de la familia para reservarse toda la independencia que consigo lleva el aislamiento, y cuando el hombre se halla empenado en estos proyectos heroicos y en esas luchas fecundas, cuyo buen éxito pertenece en definitiva al que posee la comprensión tan firme como la voluntad, no le quedaba ya otra vida que la de su cabeza; hasta sus mismas afecciones aparecen como actos de inteligencia y no como movimientos del corazón, tomando las proporciones y el carácter de sus pensamientos, y se observa cuál van debilitándose en él y estinguéndose gradualmente aquellos dulces é íntimos sentimientos, que son el rico tesoro de mas modestas existencias y el inesplicable embeleso del hogar doméstico.

Moisés volvió á ver á su hermano Aaron y le informó acerca de sus proyectos: despues los dos penetraron en Egipto, y se descubrieron á los ancianos de Israel. Los viejos gozaban entre el pueblo de una elevada reputación, se les tenía una absoluta confianza, y en cuanto lo permitian las circunstancias, nada se hacia sin su consejo. Además, algunos de ellos vigilaban en los trabajos de sus hermanos, pues existía una gerarquía en la servidumbre. Los egipcios, representantes del poder y ejerciendo una vigilancia general, escogían entre los hebreos comisarios responsables de todos los delitos prevenidos por el código de la tiranía, y que se cometiesen en los grupos que estaban bajo sus órdenes respectivas; y estos privilegiados de la esclavitud eran generalmente ancianos y jefes de familia. A estos, pues, se dirigió ante todo Moisés, y les convenció de su misión, haciendo inclinar las leyes de la naturaleza al mágico imperio de su palabra. Acojieron ellos favorablemente esas promesas de libertad, como el navegante hundido en las sombras de la noche y de la tempestad concentra toda su esperanza en algun resplandor lejano de serenidad que le viene del fondo del horizonte.

Los dos hermanos fueron, pues, á encontrar al príncipe que reinaba entonces en el Egipto y que se cree ser el Ramsés V de los monumentos y e Amenofis III de los cronologistas, y le invitaron á que dejase salir pacíficamente de su reino á los hebreos. Pero Faraon los volvió á enviar con dureza á los trabajos de la servidumbre, y les increpó el esparcir por entre el pueblo ideas subversivas. "La raza de los hebreos se multiplica prodigiosamente, dijo á sus oficiales, y ya veis cómo ha crecido; ¿qué será, pues, si se la deja en reposo...? Poco trabajo se les ha impuesto aún, y por esto murmuran. Agráveseles, pues, el yugo, y que lo sufran, y así no darán oídos á embustes." En efecto, tan pesada fué la carga que se impuso á los oprimidos, que se vieron luego materialmente imposibilitados de soportarla. Los capataces de ellos, encargados de vigilar

en los varios destacamentos, y á quienes se imputaban el no cumplir con las órdenes del gobierno, fueron el blanco de las injurias y de la crueldad de sus geles egipcios. En vano dirijieron á Faraon las mas justas y sentidas quejas; la tirania nada cede de su cruda barbaridad. Y se volvieron contra Moisés deplorando su desgraciada intervencion, que solo habia conseguido hacer mas pesadas sus cadenas. Probó el libertador reanimar todos estos ánimos abatidos; prometiéndole de parte de Jehová que saldrian por fin de la prision de Egipto, arrancados de la servidumbre por la fuerza del brazo divino y por los golpes terribles de la celeste justicia. Mas sus corazones amargados por la angustia, se cerraban tristemente á toda esperanza.

Moisés pareció de nuevo delante de Faraon para desplegar aquella vez el milagroso poder de que su mision le habia revestido. La dócil naturaleza obedecia á un gesto de su mano, los elementos se trastornaban á una palabra emitida de sus labios, los prodigios brotaban debajo de sus pies: desencadenó sobre el Egipto los mas formidables azotes: diez plagas sucesivas sumieron á sus habitantes en el terror y en la consternacion. Azorado y vencido el rey dió palabra de dejar partir á los hebreos; pero despues, suspendida la cólera del cielo, retractaba las concesiones que le habia urracado el miedo. Por largo tiempo hizo á los oprimidos el juguete de su doblez y de sus contradicciones: pero todo se preparaba para un próximo desenlace. Las justas reclamaciones, las súplicas y las amenazas eran igualmente desatendidas. Moisés recibió la órden de aterrar al enemigo con un golpe postrero y decisivo. Prescribióse á todos los hebreos que inmolasen un cordero en cada familia el dia 14 del décimo mes, y la sangre de la victima debia salpicar la puerta de todas las casas en donde se hubiese celebrado este sacrificio. Debía celebrarse la comida cenidos los lomos, puesto el calzado en los pies y un báculo en la mano, á guisa de viajeros prontos á ponerse en camino: éste venia á ser como el festin de partida. Moisés invitó asimismo á todos los hebreos á que pidiesen á sus señores vestidos, vasos de oro y de plata y otros objetos preciosos, como exijiendo cada cual una contribucion de su vecino: este era el salario de los largos trabajos que los hijos de Israel habian prestado á viva fuerza, y que la iniquidad de sus tiranos habia dejado sin recompensa.

Terrible fué la noche en que se celebró este misterioso banquete. En medio del silencio y de las tinieblas, el ángel del esterminio recorrió el Egipto descargando un golpe de muerte sobre cada familia, sin perdonar sino las casas señaladas con la sangre preservadora. Desde el hijo de Faraon, colocado en las gradas del trono, hasta el hijo de la esclava que

gemia en su prision, todos los primogénitos perecieron á la vez. El pais entero se conmovió profundamente y exhaló un gemido inmenso de dolor. "Idos, dejad á mi pueblo," esclamó el monarca desfavorido. Y los egipcios clamaron con él: "Que partan, ó si no, moriremos todos. . . ." Los preparativos estaban ya hechos: los hebreos se pusieron en camino con las armas en la mano, llevando sobre sus hombros vestidos y viveres, conduciendo numerosos rebaños y ricos bagajes. Esta multitud se componia de seiscientos mil hombres, sin contar las mugeres, los niños y los indígenas que les siguieron, y fueron despues incorporados á la nacion. Tan grandioso acontecimiento no podia escapar á la historia: hallase, aunque alterado, en los viejos relatos de autores profanos, y está largamente descrito en los libros sagrados del pueblo judío, que recuerda annualmente su imperecedera memoria, por medio de una fiesta instituida treinta y tres siglos hace.

Habíase fijado á Ramasés, en la region de Gessen, sobre el brazo oriental del Nilo por punto de reunion general. De allí debia partir la expedicion en los primeros dias de primavera. Caminaba en muy buen orden, dividida por tribus y por familias: llevaba consigo los huesos del gran patriarca José, el cual al morir habia pedido que no dejasen sus cenizas en tierra estraña, sino que fuesen trasladadas á la tierra que estaba prometida á su descendencia.

Moisés no se dirigió á la tierra de Cannan por el istmo de Suez, que era el camino mas corto, por temor de no verse colocado entre dos enemigos formidables, los Filisteos y el Egipto. De otra parte, era tal vez necesario borrar y destruir en el pueblo hebreo la memoria y el gusto de los objetos depravados, en medio de los cuales habia vivido: disciplinarle y formarle un espíritu, nuevo lejos de todo comercio con los Estados ya constituidos, á fin de no hacerle tomar sosegado asiento en su futura patria hasta el momento en que su fuerza de accion y de resistencia quedase completamente organizada, ó que se hallaria él mismo constituido y robusto por las formas políticas que debian proteger su religion y su nacionalidad. Por esto aquel ejército, en vez de avanzar en la direccion del Oriente y del Norte, descendió hácia el Sud, acampando primero en Socoth, despues en Etham, y acercándose al Mar Rojo. Una especie de densa nube en forma de columna guiaba á los viajeros durante el dia y tornaba luminosa durante la noche. Sus movimientos eran la señal de partida y marcaban el término del viaje, pues con ella paraban. Siguiendo estas indicaciones Moisés volvió por medio de una marcha circular por el lado de sus perseguidores, como si no hubiese querido dejar el Egipto, y se internó entre la orilla occidental del Mar Rojo y una cadena de mon-

tañas que se estendian paralelamente. Esta ruta estaba en oposicion con toda apariencia de hábil direccion; pero Moisés no hacia mas que obedecer al invisible caudillo que desde lo alto de los cielos dirijia la fortuna de Israel. Habia sonado á sus oidos este oráculo: "Faraon va á decir de los hijos de Israel: estrechados están del terreno, y como apriados en el Desierto. Y endurecido de corazon, los perseguirá: yo seré glorificado en él y en todo su ejército, y conocerán los egipcios que yo soy el Señor." En efecto, el monarca y sus consejeros vueltos en sí de la primera sorpresa, dijeron: "¿Qué hemos hecho, dejando partir á Israel esclavo nuestro?" Faraon reunió, pues, á toda prisa su ejército, sus carros de guerra y sus mas hábiles gefes, y se puso en marcha rápidamente, siguiendo las trazas de los fugitivos, alcanzándolos cerca la orilla del mar, y en verdad, á causa de la posicion que habian tomado pudo creer que les quitaba toda retirada, y los tenia como cojidos con su mano.

Cuando descubrieron los hebreos la caballeria, los carros y todo el ejército de Faraon, quedaron aterrados, pues tenian mas costumbre de obedecer como esclavos que de defenderse como soldados. Su misma pusilanimidad les hizo ingratos, pues dirijieron insensatas reconveniones á su generoso libertador: "¿Acaso no habia sepulcros en Egipto? ¿Preciso era conducirnos aqui para morir? ¿Qué os propusisteis en sacarnos de alli? ¿No os deciamos entonces por ventura: dejadnos servir á nuestros amos? ¿No valia mas vivir esclavos suyos, que perecer en el Desierto?" Moisés les contestó con calma, asegurándoles una pronta y brillante victoria.

En efecto, despues de un íntimo coloquio con Jehová, al movimiento de la nube que se colocó entre los dos campamentos, Moisés estendió sus manos sobre las ondas. Abrieronse al instante, y replegándose por sus dos lados á la vez, abrieron á los piés de los hebreos una nueva senda. Un viento abrasador y violento secó y endureció el fondo de aquel abismo inesperado, en el cual se precipitaron hombres, mugeres y niños, y se verificó el paso durante toda aquella noche. Al despuntar el dia, los egipcios, viendo que se les escapaba el enemigo, lanzáronse furiosos sobre sus huellas, y tomaron el mismo camino. Mas muy pronto cundió el desorden por todas sus filas, y se levantó un grito de espanto. Desde la orilla oriental del golfo, en donde su pueblo se hallaba ya en completa seguridad, Moisés levantó por segunda vez la mano sobre las aguas; y aquellas líquidas y enormes montañas, que detenidas por una fuerza invisible, habian visto pasar á los hebreos sin devorarlos, desplomáronse por sí mismas para tomar su nivel. Atacados de improviso, fuera de sí de terror, perdidos en una confusion inexplicable, los egipcios perecieron

miserablemente, y sus cadáveres sacros arrojados sobre las orillas del mar, como ruinas que Dios habia hecho para castigar el orgullo de un despotismo brutal, y vengar las lágrimas de los oprimidos.

Este singular é interesante pasage del libro de Exodo merece ser rápidamente presentado con las galas de la poesia; y para ello nos ofrece bella oportunidad el fragmento de una magnífica composicion poética que bajo el título de DIOS, se publicó años pasados en uno de los números de la *Revista de Madrid*.

I.

Siguiendo la nube tristísima, oscura
Do marcha entre sombras envuelto Jehová,
Sus pasos el pueblo de Dios apresura;
Su planta al cansancio cediendo va ya.
Los rayos primeros del alba naciente
A Ethám, entre arena, le vieron dejar;
El rayo postrero del sol de Occidente
Lo mira en Magdalo, y al frente del mar.

II.

Terrible cual banda de hambrientos milanos
Se mira á lo lejos la egípcia legión;
Y el pueblo murmura..... cruzadas las manos,
La frente en el polvo, sin fé el corazon.
Moisés lo escuchaba, callado, aflijido,
Buscando consuelos á tauto dolor;
Va á hablar...mas ¡silencio! que lenta en su oido
La voz tremebunda sonó del Señor.

III.

Escucha estasiado... Sus ojos, su frente
Brillaron de nuevo con rayos de fé;
Y en tanto la noche con paso inclemente
Tendiendo sus sombras pacíficas fue.
Moisés la partida con voz poderosa
Ordena á su pueblo, cansado mas fiel,
Y en medio el Desierto, su marcha penosa
Prosiguen los hijos del Dios de Israel.

IV.

Espíritu puro del coro divino,
 Cual rayo olvidado del fúlgido sol,
 Un ángel del cielo mostraba el camino,
 Tiniendo las sombras del blanco arrebol.
 La turba israelita callada marchaba:
 Lanzando á lo lejos terrible esplendor,
 Flamígera, ardiente la marcha cerraba
 La inmensa columna do habita el Señor.

V.

¡Y marcha! El Mar Rojo sus olas estiende,
 Que mujen cual lava de ardiente volcan;
 La vara sagrada la atmósfera hiende,
 Y dócil acude soberbio huracan.
 Luchando terrible con aguas de fuego,
 Las lanza en montañas su furia á la par,
 Y siguen las tribus, y bajan... y luego
 Recorren las sendas del cóncavo mar.

VI.

Cubriendo los flancos, formado en dos muros
 El piélago inmenso tranquilo se vé;
 Del alta ribera los lindes oscuros
 Ya tocan las tribus con rápido pié.
 La egipcia falange se acerca... el rey mismo
 Corriendo la senda que hollaba Israel
 Vacila aterrado... mas sigue: el abismo
 Retiembla á los pasos del regio corcel.

VII.

En pos los bridones tascando su freno,
 Los carros pesados, los idolos van;
 El rayo en las alas desciende del trueno;
 La mar es ya un negro terrible volcan.
 Inundan las sendas la olas que caen,
 Cual montes al soplo de ardiente huracan:
 Horribles gemidos los ecos me traen;
 Corceles y carros y gefes, ¿dó están?

Dó están, ¡cielos! mi vista no advierte
 Sino luto en la tierra y horror;
 Solo truenos y ruyos de muerte
 Junto al trono de luz del Señor.

Los libertados ya de sus cadenas se pusieron en marcha, pero la soledad estendia delante de ellos sus espacios, y lo que mas les atormentaba era la sed. Por fin, al tercer dia llegaron á un lugar que tomó el nombre de *Mara*, es decir, amargura, porque solo encontraron allí una mala agua. Sin embargo, Moisés la convirtió en dulce y agradable, arrojando en ella un madero que le fué indicado por el Señor. En Elim, algo mas lejos, acamparon al rededor de doce cristalinos manantiales, que brotaban á la sombra regalada de sesenta palmeras. Y no dejando nunca la costa del mar, llegaron al Desierto de Sin. Faltaban los víveres á los viajeros, pero les fué dado por el cielo un nuevo alimento: tal era el maná, que era blanco, del tamaño de la simiente del cilantro, y su sabor como torta de flor de harina amasada con miel. Caía de noche, y cubria la tierra como una capa de nieve. Debía recojerse temprano y todas las mañanas, pues se derretia al sol y se alteraba pasado un dia, á excepcion de la víspera del sábado, en el cual estaba ordenado recojer una doble racion que se conservaba incorruptible hasta la tarde del dia siguiente. Alimento lleno de dulzura y de misterio, simbolo espresivo de este otro pan venido de los cielos para reanimar las fuerzas y la esperanza en las almas fatigadas de este viaje, que se llama la vida, y sostener la naturaleza humana en esta marcha militante hácia la tierra prometida de la eternidad.

Tomaron el camino de Sinaí, es decir, que se hundieron mas y mas en las vastas soledades de la Arabia, desviándose del camino que conduce de Ramasés al país de Canaan; pero fuerza era seguir la columna que regulaba todos los movimientos del ejército. En Rafidim, no lejos de Horeb, se hizo sentir la falta de agua. Moisés, agobiado de increpaciones y hasta de amenazas, invocó á Dios, su único y poderoso recurso, é hirió con la varilla que en la mano llevaba un peñasco árido, de donde chorreó un manantial abundante. Muéstrase aún en el dia á los que visitan aquellas regiones la piedra que se entreabrió dócilmente á las órdenes de Moisés para apagar la sed de todo un pueblo.

Este flujo de hombres, que inundaban el Desierto, no dejaba de ser para las tribus vecinas un motivo de inquietud, las cuales temian verles fijar su domicilio muy cerca de ellas, ó tal vez en su propio suelo. Una considerable partida de amalecitas hostilizaban á los hebreos, los que su-

fricron crudos y repetidos ataques. Dióse una séria batalla cerca de Rafidim, encargándose el mando del ejército á Josué, jóven y valiente caudillo, que debia suceder á Moisés y que reportó una victoria por largo tiempo disputada: y si bien la intrepidez de Josué hizo prodigios, el buen éxito se debió á las súplicas de Moisés, que durante la lucha tenia las manos sin cesar levantadas hácia el cielo. Pues aunque sea evidente para toda alma recta la intervencion de Dios en las cosas humanas, con todo, jamás tan vivamente resplandece como en los perances de la guerra, en donde la victoria mas de una vez ha resistido al genio, y hecho traicion á la fuerza y al número de los batallones. Así Dios se ha dado á sí mismo el nombre de Dios de los ejércitos, y todos los pueblos en alguna manera le han saludado con este título de gloria, colgando en las bóvedas de los templos los estandartes conquistados, y explicando las vicisitudes de su fortuna militar, por lo que llaman el azar de los combates.

Jethro, el suegro de Moisés, habia sabido desde su morada de Madian la marcha victoriosa de los hebreos. Queriendo visitar á su yerno, se puso en camino, siguiéndole Sefora y sus dos hijos. Llegado cerca de Horeb, envió á decir al libertador: "Jethro, tu pariente, viene á visitarte, con tu muger y tus hijos." Moisés fué á recibirlos: inclinóse profundamente delante del sacerdote Madianita, y abrazándose con efusion, se manifestaron tiernamente mútuos deseos de prosperidad. Cuando Jethro supo el pormenor de los prodigios que habian acompañado la liberacion de los hebreos, quedó trasportado de admiracion, y ofreció un sacrificio al Eterno en accion de gracias, reuniéndose toda la familia en un religioso festin. Por los consejos de su suegro, Moisés se desprendió de algunas de las laboriosas funciones que ejercia; nombrando jueces para conocer de las diferencias y administrar justicia, reservándose únicamente la direccion general de los negocios. Tranquilo ya en adelante acerca de la suerte de los hebreos, ocupóse en constituirlos en cuerpo de nacion, y en crear ós mismo, en la parte que á su inspeccion le habia dejado la Providencia, una obra, que ninguna revolucion ha podido hasta ahora aniquilar.

Tres meses habia trascurrido desde la salida de Egipto, y un dia de marcha llevó á los viajeros á los valles que se extienden al pié del Sinai. Establecióse entre Dios y Moisés un íntimo comercio. El Señor se dignaba hablarle boca á boca, como un amigo habla á otro amigo. Llegado era el momento de reanimar la llama casi estinta de la revelacion primitiva, de alentar y restablecer la conciencia humana desconcertada y perdida en la noche de la idolatria, y de consolidar firmemente en medio de

los siglos el punto de apoyo sobre el cual debia levantarse mas tarde el edificio inmortal que tiene por nombre la Iglesia.

Despues de haber reunido á los ancianos, les comunicó Moisés el plan divino, y despues dijo á los hebreos de parte de Jehová: "Ya sabeis lo que he obrado en el Egipto, de qué manera os he traído, cual águila sobre mis alas, y os he tomado por mi cuenta. Ahora bien, si escucháreis mi voz y observáreis mi pacto de alianza, seréis para mí entre todos los pueblos la porcion escogida, ya que mía es toda la tierra. Y seréis vosotros para mí un reino sacerdotal, una nacion santa." Y todo Israel consintió en lo que se le proponia. Verificáronse entonces los preparativos del contrato solemne que iba á intervenir entre Dios y la criatura. Moisés trasmitió al pueblo la órden de purificarse y de estar aparejado para el tercer dia. Al pié de la montaña se marcaron los limites que debian guardar el terror y el respeto, y se reservaba la muerte al que los hubiera traspasado.

Por la mañana del tercer dia el sordo estallido del trueno retumbó sobre Sinai, el cual quedó envuelto en una densísima nube: los rayos rasgaban aquellas tinieblas palpables, y un sonido atronador, como de una bocina, se mezclaba con los bramidos del trueno. El pueblo, aterrado, salió de su campamento. Toda la montaña humeaba como una inmensa hoguera, cual si el Eterno hubiese descendido en un trono de fuego. Y en medio de este formidable concierto, entre aquellas cumbres que retemblaban oprimidas por la majestad de Jehová, cuya faz ardiente fulguraba rayos de gloria, dejóse oír una voz que proclamaba el poder y la voluntad de Dios, los deberes de los hombres y sus derechos recíprocos; en una palabra, las leyes protectoras del órden y de la civilizacion.

"Yo, Jehová, soy tu Dios, que te he sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud. No tendrás otros dioses delante de mí. No labrarás para tí imájen alguna, ni simulacro de lo que hay en el cielo, ni sobre la tierra, ni en las aguas de bajo la tierra, para encorvarte delante de él y adorarlo. Yo soy el Señor, Dios tuyo, el fuerte, el celoso, que castigo la maldad, y uso de misericordia con los que me aman, hasta largas generaciones... No tomarás en vano el nombre de Jehová, tu Dios... Acuérdate de santificar el dia del descanso... Honra á tus padres, á fin de que vivas largo tiempo sobre la tierra... No matarás... No comerás adulterio... No hurtarás... No levantarás falso testimonio... No codiciarás la casa de tu prójimo, ni desearás su muger, ni esclavo, ni esclava, ni buey, ni asno, ni cosa alguna de las que le pertenecen." Tal es el Decálogo.

A vista de tan imponente escena, al estruendo de los turbados elemen-

tos, el pueblo permanecía apartado del Sinaí, en un estremecimiento mezclado de respeto y de terror. "Hablanos tú, decía á su jefe, y te escucharemos; pero que no nos hable el Eterno, pues tememos morir." Moisés, despues de haber calmado el sobresalto del pueblo, acercóse á la montaña, penetró en la terrible oscuridad que cubria su cumbre, en donde estaba Dios. Ordenes mas precisas, reglamentos mas estensos le fueron comunicados para fundar la constitucion política de los hebreos, y ponerla en armonía con los principios de libertad, igualdad y fraternidad, en la medida con que estos principios, que bien entendidos, son los elementos de toda buena institucion humana, podian entonces admitir aplicacion. Todos los israelitas debian ser libres, pues el mismo Dios los habia emancipado, rompiendo las cadenas que habia remachado en sus brazos el cruel Egipto; y de otra parte estaban todos igualmente protegidos por la ley en su actividad personal, en su reposo y en su propiedad. Ninguna distincion arbitraria, ningun odioso privilegio debia poner una parte de la nacion bajo el duro mando ó menosprecio de la otra; y todo conducía á establecer la igualdad natural que, sin perjuicio del órden gerárquico, indispensable en toda sociedad bien constituida, debe reinar en un pueblo mas ó menos directamente gobernado por la voluntad soberana de Dios. La pena del talion debia amenazar anticipadamente todas las injusticias, á fin de garantizar eficazmente todos los derechos; pero el gran precepto de la fraternidad no era desconocido, á lo menos fuera de la guerra, que era siempre cruel, y con respecto á los ciudadanos y á los extranjeros que pusieran su planta pacífica sobre el suelo de aquella nacion.

"Cuando llegue el año séptimo, dejarás holgar la tierra para que tengan qué comer los pobres de tu pueblo, y lo que sobrare, sirva de pasto á las bestias del campo: lo mismo harás con tu viña y tu olivar. . . . No molestarás al extranjero, pues ya sabes sus angustias, tú que fuiste esclavo en Egipto. . . . No harás daño á la viuda y al huérfano. . . . Si prestares dinero al necesitado, que mora contigo, no le has de apremiar como un exactor, ni oprimir con usuras. Y si recibiereis de tu prójimo un vestido en prenda, se lo devolverás antes de ponerse el sol; puesto que no tiene otro con qué cubrirse ni abrigarse, ni con qué dormir. . . . No hablarás mal de los jueces, ni maldecirás al príncipe del pueblo. . . . No serás perezoso en pagar tus diezmos y tus primicias. . . . No guardarás hasta el día de mañana el salario del jornalero. . . . No hablarás mal del sordo, ni harás tropezar al ciego. . . . No obrarás la iniquidad, ni juzgarás injustamente, ni por piedad para con el pobre, ni por consideracion para con el rico. . . . No serás calumniador, ni maldiciente. . . . No seas vengativo ni

conserves el recuerdo de las injurias. . . . Levántate de respeto ante las canas, y honra al viejo. . . . No tuerzas la justicia, huye de la mentira. . . ." Moisés trasmitió todas estas palabras al pueblo, el cual respondió á una voz: "Cumpliremos lo que dice el Señor."

Pero volviendo á subir Moisés en seguida sobre la montaña, en donde pasó cuarenta días; el pueblo, siempre lijero y voluble, se cansó de aguardar, y se quejó en términos, que denotaban lo que el sagrado historiador llama una dura cerviz y un corazon grosero. "Levántate, dijo la turba á Aaron, haznos dioses que vayan delante de nosotros, pues no sabemos lo que se ha hecho de Moisés, el hombre que nos sacó de Egipto." Aaron se creyó casi compelido por tan vivas instancias, y temió no obedecer. "Quitad, dijo, los anillos de oro que llevan en sus orejas vuestras mugeres, vuestros hijos y vuestras hijas, y traédmelos." Y de ellos se formó un idolo sobre el molde del buey Apis, adorado de los egipcios. El becerro de oro fué colocado en un altar: inmolaronse victimas en honor suyo, y las danzas y festines terminaron la sacrilega ceremonia. Entretanto bajaba del Sinaí Moisés, llevando dos tablas de piedra, en las que estaba grabado el Decálogo. Al acercarse al campo, percibió el tumulto y los clamores, vió el idolo y las danzas del pueblo. En su indignacion hizo pedazos las tablas de la ley, redujo á polvo el vano simulacro del dios que Israel se habia forjado, y exclamó: "¿Quién está por el Señor! ¿quién se junta á mí!" Al momento se vió rodeado por los hijos de Levi, hombres de su tribu, los cuales, espada en mano, castigaron de muerte á muchos millares de sus hermanos. En aquellos tiempos de costumbres nuevas, y entre aquellos pueblos rudos ó incultos todavia, el derecho tenia necesidad de llamar en su socorro á la fuerza, para desplegar energicamente toda su actividad y aparato, á fin de intimidar á la injusticia, poco sensible á la santidad del deber y á la autoridad moral de la ley. Menester eran largos siglos, una religion que inspirase toda masedumbre, muchos sufrimientos y esfuerzos, para desplegar en las masas habitudes intelectuales y sentimientos superiores, que diesen por resultado el descrédito de la fuerza brutal, y el respeto y la conciencia de la vida humana. Esto es lo que explica el carácter violento de las sociedades paganas, los duros trabajos del Evangelio en su infancia, las guerras religiosas de la edad media, la severidad de las medidas que se desplegaron hasta en apoyo del cristianismo, y esta tolerancia sistemática que distingue en general las sociedades modernas, y que á pesar de ser producida en gran parte por un espíritu de tibieza y de indiferencia, cubrirá sin duda á los ojos de la posteridad una parte de las faltas y de las desgracias de nuestra época.

columna trazaban únicamente la ruta que debía seguirse, pero sin dar la menor indicación acerca de los recursos y los peligros que podían presentar el terreno y las tribus limítrofes.

Es indudable que Moisés, absorvido por tantas y tan graves atenciones, no podía contar un gran número de personas que pudiesen secundar sus planes: los obstáculos, apenas vencidos, renacían indefinidamente bajo formas diversas: los hebreos se lamentaban de la fatiga, del hambre, de la sed; empezaban á disgustarse del maná, veníanles á la memoria los pescados y las legumbres de Egipto, y echaban menos cobardemente las viandas sazonadas de esclavitud. Murmuraban á menudo contra Moisés, y aun se rebelaron abiertamente contra él, quien encontró contradictores en su propia familia. Y realmente Dios, al declararse á favor suyo, descargaba sobre sus antagonistas castigos ejemplares y terribles. Sin embargo, el valor del caudillo hebreo desfallecía alguna vez, no pudiendo resistir al enorme peso de una empresa puesta á tan duras y prolongadas pruebas, hasta llegar un día á desear la muerte. Y á la verdad ¿qué fuerza sobre humana de volutad no era necesaria para permanecer solo, durante cuarenta años, para servir de animada energía y de freno á una multitud pusilánime é indisciplinada, y de resorte siempre vibrante para impedirle el movimiento? ¿Qué fuerza para hacerle atravesar el abismo que separa su ignorancia y su debilidad del fin sublime que percibe en lontananza la mirada inspirada del creyente!

La nube que dirigía la marcha toca por fin la llanura solitaria de Pharan. Entonces, á súplicas del pueblo, envía Moisés doce guerreros para reconocer el país que se trata de conquistar. "Salid, les dice, por la parte del Mediodía, y en llegando á los montes, reconoced el terreno y su calidad; si el pueblo que habita aquellos lugares es fuerte ó flaco; si son pocos en número, ó muchos, si tienen las ciudades con muros ó indefensas, si el suelo es fértil ó estéril, y si hay arbolados, ó si están sin árboles, traédnos algunos frutos de la tierra." Los guerreros emplearon cuarenta días en hacer su exploración, desde el desierto de Sin hasta Rohub á la entrada de Emáth; y saliendo por la parte meridional subieron á Hebron, en donde siete años antes fué fundada Tanais, ciudad y corte de los reyes de Egipto, antiguo teatro de los prodigios de Moisés. Y prosiguiendo el viaje, cortaron un sarmiento con un enorme racimo, el cual trajeron junto con granados é higos de aquel sitio. Y si bien ponderaron la fertilidad y abundancia de aquel país, hicieron una pintura tal de la fuerza y valor de aquellos naturales y de los peligros de la empresa, que infundieron temor y desaliento. Entonces la multitud asustada prorrumpió en sentidas quejas contra Moisés y Aaroh. "Ojalá, decían, que

hubiéramos muerto en Egipto, y plegue á Dios que perezcamos en estas inmensas soledades, antes que entrar en ese país donde muramos al filo de la espada, y sean llevados cautivos nuestras mugeres é hijos. ¿No sería mejor nombrarnos un caudillo y regresar á Egipto?" De los doce emisarios, solo dos, Josué, hijo de Nun, y Caleb, hijo de Jefoné, procuraron con palabras de valor alentar los ánimos abatidos y sosegar la tormenta de aquellos espíritus inquietos. Mas no lograron otra respuesta que gritos de sedición, y se vieron á punto de ser apedreados. En tan apurado extremo, intervino la voz de Jehová: "¿Hasta cuándo ha de blasfemar de mí este pueblo? ¿hasta cuándo no ha de creerme, despues de tantos prodigios obrados á su vista?... Juro por mí mismo que os trataré segun vuestros deseos. Tendidos quedarán sobre este Desierto vuestros cadáveres. Todos los que pasan de veinte años y han murmurado contra mí, no pondrán su pié en esa tierra que yo os prometí daros por morada, escepto Caleb, hijo de Jefoné, y Josué, hijo de Nun. Allí haré entrar á vuestros pequeñuelos, de quienes dijisteis que serían la presa de vuestros enemigos. Por espacio de cuarenta años vagarán vuestros hijos por el Desierto, pagando la pena de vuestra apostasia, hasta que sean consumidos en el mismo Desierto los cadáveres de sus padres." Estas palabras amenazadoras convirtieron la cólera del pueblo en un luto y llanto universal, y como la multitud suele siempre pasar de un extremo á otro, pasó de la confianza á la presunción, y quiso forzar con las armas en la mano la entrada del país de Canaan. Mas el itinerario estaba irrevocablemente trazado, y los que se obstinaron en presentar batalla al enemigo, fueron vencidos y muertos en número considerable.

El decreto del destierro pronunciado contra los hebreos tuvo su puntual cumplimiento, conservándolos Dios aun treinta y ocho años alejados de la tierra prometida. Los vallados incultos de la Arabia devoraron toda la generación maldita. Acamparon por largo tiempo al redor de las montañas del Seir, ó de la Idumea, volviendo lentamente y por marchas irregulares hasta el pié del Sinai, hácia el brazo oriental del Mar Rojo, para volver á ganar despues el país de Moab, al oriente del lago Asfaltite. En medio de tantas fatigas, levantóse mas de una vez el grito de la sedición, y estalló por fin una conspiración que tenía por gete á Coré, de la tribu de Leví, sostenido por Dathan y por Abiron. Doscientos cincuenta de los magnates de Israel siguieron el partido de los revoltosos. Moisés, sin desconcertarse, aplazó á los conjurados para el día siguiente á la puerta de sus tiendas. Allí advirtió á la multitud que se alejase de ellos y de sus familias, anunciando con una voz solemne, que iban á perecer con un género de muerte hasta entonces inaudito.

Al instante se abrió la tierra bajo sus plantas, y fueron devorados, y una llama vengadora alcanzó é hizo perecer á sus partidarios.

A pesar de tantos prodigios obrados en su favor la incertidumbre entró un día en el alma de Moisés, cansado ya de la ingratiud y de las inculpaciones de los hebreos. Llególes á faltar el agua cerca del Cadés: "Habla á la piedra delante de ellos, dijo la voz de Jehová, y ella brotará agua viva." En vez de mandar al peñasco, segun la órden terminante del cielo, Moisés la hirió por dos veces con su varilla con una especie de inquietud y de desconfianza, y Aaron participó tambien de aquella debilidad. Y el anatema fulminado contra el pueblo estendióse entouces á los dos caudillos, los cuales quedaron asimismo condenados á terminar sus dias en el Desierto, junto al umbral vedado de aquella tierra tan vivamente y por tanto tiempo suspirada. Efectivamente, á poco tiempo recibió Moisés la órden de pasar con Aaron y Eleazar, hijo de Aaron á la montaña de Hor. Allá partieron juntos: Aaron fué despojado de las insignias sacerdotales, que pasaron á su hijo, y despues espiró sobre la cumbre de la montaña. La nacion consagró á esta muerte un sincero llanto, pues aunque este pueblo versátil murmurase á menudo contra sus gefes en circunstancias difíciles, no dejaba por esto de apreciar sus eminentes calidades, y de pagarles de vez en cuando un justo tributo de respetuosa admiracion y de un amor acendrado.

Tocaba por fin á su término la prueba á que el Señor habia destinado á los hebreos, que iban á entrar en el goce del descanso, pero no sin aquel postrero y penoso esfuerzo que determina los grandes resultados. Cuanto mas se acerca el término final, mas terribles se presentan las dificultades: las naciones, sentadas á la puerta del Canaan, se levantaron armadas para cerrar el paso. Despues de un ligero contratiempo, Israel, hollando victorioso muchos pueblos, pasó á levantar sus tiendas en las llanuras de Moab, no lejos de la ribera oriental del Jordan. El rey de Moab se puso de acuerdo con el rey de Madian, vecino suyo, para organizar la resistencia, y mandaron un célebre adivino de aquella comarca, llamado Balaam, á fin de detener á los invasores con el poder de sus maldiciones. Llegó Balaam al campo de los moabitas, pero sus palabras se convirtieron contra la mision que le habia sido confiada. Tres veces salieron de sus labios en lugar de imprecaciones funestas, acentos de admiracion y de profecias gloriosas para los hebreos. Descubriendo desde lo alto de una montaña las ordenadas falanges y la militar actitud de las tribus, y obediendo á un impulso irresistible, anunció que este nuevo pueblo se estenderia como un torrente; que saldria de Jacob una estrella rutilante; y que un vástago de Israel heriria los gefes de Moab, some-

teria la posteridad de Seth, y tendria la Idumea bajo su imperio. "¡Oh cuán bellos son tus tabernáculos, Jacob, y tus pabellones, ¡oh Israel! Aparecen como vallados de árboles frondosos, huertas regaladas con el riego fecundo de los rios, tiendas que el mismo Señor ha fijado, cedros plantados junto á las corrientes puras. Fluirá perenne el agua de su arcaduz, y su descendencia caerá como las corrientes copiosas.... Devorará Israel á los pueblos sus enemigos, les desmenuzará los huesos y los atravesará con sus flechas. Su sueño será como el del leon, á quien nadie osará despertar. El que te bendijere será bendito, y maldito el que te echare su maldicion." Sin embargo de todo esto, Balaam propuso luchar contra los israelitas, pero no abiertamente sino con astucia, comunicando con ellos á título de amigos, atrayéndolos á fiestas licenciosas, y enervándolos y domándolos con el aliciente del placer. Siguióse realmente tan infame política, que en verdad no hubiera tardado en hacer á los hebreos presa vergonzosa de sus enemigos, á no mediar la severidad de Moisés, el cual mandó matar á los que cayesen en la disolucion, atacar al ejército madianita, y despues de la victoria hacer perecer sin piedad á las mugeres que tan eficazmente habian conyuvado á los perversos designios de sus compatriotas. Los cinco gefes principales de la nacion, y Balaam su consejero, fueron pasados al filo de la espada. En aquellos momentos criticos y de inflexible severidad, pasaron escenas lamentables. Acampado el pueblo en Setím, prevarió con las hijas de Moab, las cuales les convidaron á sus sacrificios. El amor á los placeres introdujo la idolatría entre los hebreos. Beelégor fué adorado de los hijos de Israel, sobre aras infames. Pero tronó la ira del Señor. Moisés levantó patibulos á la luz del sol, de donde colgaban á los culpables: el hierro de la venganza divina perseguia y sacrificaba los abrazos impuros. Fi-nécs, nieta de Aaron, sepulta el puñal en el pecho de dos víctimas sorprendidas en el crimen. Y esta terrible vindicta detuvo el brazo del Señor. ¡Tanta sangre fué menester se derramase para aterrar á los indigenas y desalentar la resistencia!

El último dia de Moisés se aproximaba. "Tu vas á subir á la montaña de Nebo, le dijo Jehová, y desde allí echarás una ojeada sobre el país que destino á los hijos de Israel, y despues volverás á juntarte con tu pueblo para morir, como hizo Aaron, porque vosotros me ofendistes junto á Cadés en el Desierto de Sin." Suplicaba Moisés para que se alzase tan sensible prohibicion: deseaba ardientemente el ver las aguas del Jordan, las ricas colinas y los fértiles valles de Canaan, y el gracioso Libano, siempre verde y ameno bajo un cielo de perpétua primavera; pero Dios permaneció inflexible, y le designó un sucesor en la persona

de Josué. "Toma al hijo de Nun, este guerrero lleno de discrecion y de sabidoria, é impónale las manos delante del gran sacerdote Eleazar y delante de todo el pueblo, marcándole la senda que debe seguir, y revísate con todas las insignias del poder y que toda la asamblea se ponga á sus órdenes. . . ." Moisés manifestó á los hebreos estas palabras, les presentó públicamente á Josué como á su futuro gefe, invistiéndole ya desde aquel momento de una parte de la autoridad suprema. Y es su honor inmortal el haber concluido su carrera tal como la habia recorrido, con el mas completo desinterés. Fiel en todo á la ley, nunca se le vió ni faltar al espíritu de las instituciones para aumentar su propio poder, ni sacrificar los intereses de la nacion á cálculos de interés doméstico. La eleccion de Dios fué su regla invariable, de la cual nada pudo desviarle. Tan raro y tan puro sentimiento le guiaba cuando, sintiendo su próximo fin, en lugar de establecer en favor de su familia y de su tribu la herencia del poder, indicó para sucederle á Josué, de la tribu de Efraim, que no le era ni pariente ni allegado, y le concilió la confianza y el respeto del pueblo, haciéndole admitir como al elegido de Jehová.

A tan delicado sentimiento debe atribuirse tambien la oscuridad política en que Moisés, gefe poderoso y obedecido, dejó á sus dos hijos: y el silencio casi completo en que Moisés, historiador y poeta, ha dejado la vida de Séfora. Prescindiendo de las circunstancias que hemos ya referido, la modesta muger cuya gloria está toda en el nombre de su esposo, desaparece enteramente de la tan detallada relacion de la expedicion de los hebreos, y de su largo viaje. Déjase bien conocer que el pensamiento del grande hombre ha traspasado el círculo demasiado estrecho de las íntimas afecciones, y que si prescinde de un objeto legítimamente querido, pero circunscrito é individual, es para alcanzar y abarcar todo un pueblo que lleva en sí propio los destinos de todo el linaje humano, y cuya indestructible existencia y extraño carácter deben permanecer á la faz de los siglos como un testimonio de la veracidad de Dios. Así la mano laboriosa que á la vista y por orden de la Providencia alzaba el edificio de este pueblo monumental, no se ha tomado un momento para erijir á Séfora el mas humilde mausoleo, diciéndonos á lo menos que murió. El conjunto de la historia da margen á conceptuar que Séfora se estinguió en medio de los desiertos de la Arabia, con aquella generacion condenada, que por sus ingratas murmuraciones quedó escluida de la tierra prometida.

Entretanto el anciano profeta reunió todas sus fuerzas para terminar útilmente sus trabajos de cuarenta años, y poner su obra ya tan poderosa por sí misma, bajo la guarda de las ideas y de los sentimientos mas capaces de dominar el alma de un pueblo, y de prepararle grandes

destinos. A presencia de la multitud, evocó los recuerdos de lo pasado, estendió su mirada profunda sobre los tiempos futuros, y pronunció con voz elocente y terrible promesas y amenazas, que despues en otras épocas fueron reconocidas como decretos que Dios mismo habia puesto en los labios de su confidente. "Si permaneces dócil á los preceptos de la ley, dijo á Israel, serás colinado de bendiciones. . . . Los enemigos que contra tí se levantaraen, caerán delante de tus ojos: vendrán á atacarte por un camino, y huirán por siete. . . . Todos los pueblos de la tierra te temerán: Dios derramará sobre tí la abundancia. . . . Abrirá el cielo sus ricos tesoros para dejar caer á su tiempo la lluvia frecuente sobre sus campos. . . . Mas si no sigues la voz de Dios, cargarán sobre tí las maldiciones. . . . marcando en tu frente, como en la de toda tu posteridad, con el signo de la indignacion divina. Por arriba, el cielo será de bronce, y por abajo, el suelo de hierro. . . . Dios te echará por tierra delante de tus agsresores, y serás tú entonces el que irás á ellos por un camino, y huirás por siete. . . . El te enviará un enemigo para reducirte al hambre, á la sed, á la desnudez, á la última miseria, y para humillar tu cabeza, bajo un yugo que te aplastará. De una region lejana, del estremo de la tierra se desplomará sobre tí como una águila en raudo vuelo una nacion cuya lengua no conoces, nacion altanera y dura que no guardará respeto al anciano, ni tendrá piedad á sus hijos. Ella devorará el fruto de tus afanes. . . . ella reducirá á pavesas tus ciudades, y hará desplomar estas murallas elevadas y fuertes donde yacia tu confianza. . . . Tú serás dispersado sobre toda la faz de la tierra, cautivo y postrado ante dioses desconocidos, dioses de madera y de piedra, que no vieron tus antepasados. No hallarás reposo en parte alguna, ni aun encontrarás en donde poner la planta de tus piés. Bajo la mano de Dios tu corazon palpitará de espanto, enjutos tus ojos, desgarrada tu alma de angustias, tu vida como en suspenso. Temblando noche y dia, incierto de tu existencia, dirás á la mañana: ¿veré yo la tarde? y á la tarde: ¿veré acaso la mañana? ¿Tanto terror oprimirá tu alma, tantos horrores contemplarás al rededor de tí!"

En este solemne momento Moisés hizo renovar á los hebreos el juramento de fidelidad hecho al Eterno: prescribió á los sacerdotes el leer públicamente la ley cada siete años en la fiesta de los tabernáculos, y pronunció aquel célebre cántico, que todo Israel debía retener en su memoria, y repetir como un compendiado relato de los beneficios de la Providencia.

Cielos, oidme: ; oh tierra ! escucha atenta
Mis últimos acentos. ; Oh ! si fuese

Cual rocío mi voz, que sossegado
 Humedece la tierra ya sedienta ;
 O como blanda lluvia, que cayese
 De las nubes, despues del abrasado
 Estío, sobre campo bien labrado !
 ; Si pudiese mi canto por do quiera,
 Cual turbion, penetrar, que cubre el suelo,
 Y desecho el terron y roto el hielo,
 Fecundiza y alegra la pradera !
 ; O cual gota que cae sobre el grano,
 Reblandecer el corazon humano !
 Tu nombre, ¡ oh Dios ! invoco : el estro inspira
 Al pecho mio, que á cantar ya empieza :
 Atiende, ¡ oh pueblo ! y su grandeza admira.
 Admira de las obras de sus manos
 La perfeccion ; la rectitud sinera
 De su conducta fiel ; el cumplimiento
 De sus promesas ; justo en sus arcanos,
 Sin malicia ni dolo. ¿ Y quién pudiera
 Creer, que de pecar atrevimiento
 Sus hijos, de tan alto nacimiento
 Indignos ya, tuviesen y manchasen
 Su nobleza con manchas tan oscuras ;
 Raza fatal, ingratas criaturas,
 Que de un origen tal degenerasen ?
 ¿ De esta manera pagas, pueblo necio,
 A tu Dios y Señor con tal desprecio ?
 No sabes que es tu padre, y que comprada
 Fué tu nacion por él, y que él te hizo
 Y creó, porque quiso, de la nada ?
 De los días antiguos haz memoria :
 Cada generacion, una por una,
 Observa atento, ó á tu padre mismo
 Pregunta ; él te dirá tu triste historia.
 Pregunta á tus mayores ; que ninguna
 Cosa te ocultarán. En el abismo
 Y ciega confusion, que el barbarismo
 Soberbio de los hombres altaneros
 Trajó á la comun lengua, y en naciones
 Los dividió el Señor ; sus posesiones

De tal modo arregló, que los primeros
 Fueron los hijos de Israel contados,
 Para ser á su tiempo colocados ;
 Pues Jehová, separó su pertenencia,
 Y la familia de Jacob querida
 Fué la medida de su propia herencia.
 En espantoso y hórrido desierto
 De vasta soledad al pueblo amado
 Encuentra ; y por larguísimo rodeo,
 Conduciéndolo vá, porque inesperto,
 Sea á nuevas costumbres enseñado,
 Y á nuevo hien levante su deseo.
 El en toda la marcha al pueblo hébreo
 Guarda como á las niñas de sus ojos.
 Cual águila caudal que de la altura
 Rápida baja, y atraer procura
 Con blando vuelo, sin les dar enojos,
 A sus polluelos, que del aire vano
 A fiarse no osan ; él humano
 Siempre y dulce sus alas estendiendo,
 Valor les dando, y despreciando asombros,
 Los va sobre sus hombros conduciendo.
 Solo Jehová por sí les conducía,
 Sin que agena deidad lo acompañara.
 En elevada tierra establecidos
 Por él son, donde mas produce y cria
 Frutos natura con largueza rara,
 Y bienes por el hombre apetecidos ;
 Donde en hueco peñasco contruidos,
 Dulces panales la oficiosa abeja
 Le presenta, y aceite delicado
 El verde olivo en pedregal plantado.
 La fuerte vaca y la lanuda oveja
 Con tierno queso y leche regalada
 Enriquecen su mesa, y la cebada
 Carne que cría el pasto busaneo ;
 Pan de flor, vino puro y esquisito
 Su apetito contentan á deseo.
 Harto y cebado así, de bienes lleno,
 Recalcitró este pueblo tan querido :